



LUIISA DE LA VALIERE.

## EL PUEBLO POETA.

La nación española puede rivalizar en la poesía con cualquiera otra, ó por mejor decir, si se exceptúa la Grecia, ninguna otra nación de Europa ha brillado tanto como España en la poesía. Inglaterra, Francia, Italia y la Alemania han dado á luz poetas que rivalicen con los españoles; pero no pueden presentar en la competencia mas que individualidades: es decir, que lo que en otros pueblos es la excepción, en España es la regla general.

En efecto, tiene España en la historia de su poesía nombres augustos que oponer á los mas célebres de otros países. Rioja y Garcilaso, Lope y Quevedo, Calderon y Quintana sostienen el paralelo dignamente con las reputaciones mejor adquiridas en otros países; pero lo particular es que sobre todos estos nombres, sobre todas estas capacidades hay en España una capacidad colectiva que tiene nombre tambien y un nombre por cierto glorioso, inmortal, que revela por sí solo el poder, la inspiracion y la virtud, como que se llama *el pueblo*.

El pueblo español es el primero de los poetas españoles. Iba á decir que era el primero de los poetas del mundo; pero no quiero que los franceses me llamen *gascon* ó los portugueses *paisano*.

Digo que el pueblo es el primero de los poetas españoles, porque es el que produce mejores poesías, el que hace composiciones mas sentidas, mas sentenciosas, en una palabra, mas ricas de filosofía y de inspiracion, imprimiendo en todos sus versos el sello de la espontaneidad, ó lo que es lo mismo, ocultando el esfuerzo mental ó artístico que es el escollo de los mas grandes ingenios en todo el mundo.

En Francia y en otros países el pueblo canta los versos de sus mejores poetas, y puede cualquiera satisfacer el gusto ó el capricho de saber quien es el autor de la música y de la letra que oye cantar, cosa imposible de todo punto en España donde en este particular todo es

anónimo, precisamente porque todo pertenece al pueblo. Pero por esta misma razon los cantos y cantares de España gozan una justa celebracion en todas partes.

No es mi ánimo por hoy hablar de la música española, tan variada en todos sus aires, tan amena, tan alegre y al mismo tiempo tan melancólica. La cachucha puede decirse que ha llegado á ser un canto universal; el contrabandista, el fandango y la jota aragonesa rivalizan en popularidad y mérito con la cachucha, y esto es todo lo que en elogio de nuestros aires nacionales puede decirse. Mi objeto al escribir este artículo se reduce á demostrar que el pueblo es el primero de los poetas españoles, y para probarlo recurriré á la lógica de los ejemplos que es la mas convincente.

Figúrense Vds. que hay un mozo en aquella tierra abrumado por el peso de la desgracia, lo que nunca le impide coger la guitarra cuando anochece, y entonar á la ventana de su prenda amada una rondeña. ¿Cómo pintará este hombre su situacion de un modo poético sin olvidar los galanteos debidos á la persona á quien dirige la palabra? Esta cancioncita improvisada tal vez en un caso análogo, porque nadie conoce á su autor, llena todas las exigencias:

Los ojos de mi morena  
Se parecen á mis males,  
Negros, como mi fortuna;  
Como mis desdichas, grandes.

Este mismo ó otro individuo cualquiera tiene por ejemplo que reprehender en su dama uno de esos actos en que bajo una regular apariencia se encierra un amargo desengaño. En tal caso los hombres que hablan un lenguaje prosáico fulminan su queja lisa y llanamente; pero en España, en ese país donde la imaginacion encuentra la metáfora con tanta facilidad como la lengua puede expresarla, el amante dirá lamentándose estos versos sublimes:

Dé tu ventana á la mía  
Me tirastes un limón;  
La cortaza cayó al suelo,  
Y el agrío en mi corazón.

Supongamos que en lugar del desengaño, la mente del individuo alimenta solamente una sospecha, ya porque no ve debidamente recompensado su cariño, ya porque la imaginación del que ama verdaderamente suele ser un perpetuo laboratorio de dudas, de desconciertos ó de quimeras. El galán entonces lanza su queja, manifiesta su incertidumbre, conservando todavía el lazo que pueda estrechar sus ilusiones:

Dices que me quieres mucho,  
Vida mía, tú me engañas,  
Que en un corazón tan chico  
No puedan caber dos almas.

Como vemos, la queja no pasa de ser una queja, y si la dama demuestra que el juicio del galán es equivocado, que su corazón no es tan pequeño como afirma el cantar, ó que el solo tiene en él un alma esta es la del que se lamenta injustamente, la puerta queda abierta á la prueba que lleva consigo la reconciliación. Pero si la sospecha pasa á ser una realidad; si la coqueta tuvo en efecto un instante de desvío que no perdona nunca el egotismo de la pasión, en tal caso lo que era amor se vuelve desden; es inútil querer anudar las relaciones pasadas, y no queda lugar siquiera para un átomo de esperanza en el fondo del arrepentimiento, pues el amante ofendido lanzará inspirado por el desprecio que rebosa en su pecho esta fulminante despedida:

Me quisiste, me olvidaste,  
Me volvistes á querer,  
Zapato que yo deseché  
No me le vuelvo á poner.

Y como en casos semejantes el amor propio resentido hace que el hombre supla inmediatamente la falta, que llene el vacío ocasionado por la ingratitud en su corazón, en fin, que reemplace al momento un amor á otro, nada hay más natural que esta jactanciosa vindicación, expresada en la forma ligera de la seguidilla:

Te quise, me quisiste;  
Mas de allí á poco  
Desnudastes un santo  
Por vestir otro.  
Ten entendido  
Que áquel que desnudaste  
Ya está vestido.

Es natural en los enamorados el descontento, como por una especie de compensación. Nada hay comparable á la felicidad del que ama y se halla correspondido, y por lo mismo, en este valle de lágrimas donde ninguna dicha es completa, el hombre que no puede dirigir reconocimientos al objeto de su cariño tiene siempre algún obstáculo que vencer, alguna amargura que sufrir. La poesía del pueblo español es un gran cuadro donde están pintadas todas estas situaciones, y en este cuadro representan generalmente mal papel las madres á los ojos de los novios, por lo mismo que cumplen con su deber vigilando la honra de sus hijas. De aquí nace sin duda la mala correspondencia que en lo sucesivo tienen suegras y yernos; antipatía que se manifiesta desde el instante en que un hombre se siente atraído por el íman de una joven hermosa y rechazado por la recelosa conducta de la mamá, y no hay poeta en el mundo capaz de describir lo que en la indicada situación pasa por la mente del hombre con la animación que se refleja en este antiguo y anónimo cantar:

Si yo fuera gato negro  
Y por tu ventana entrara,  
A ti te hiciera *miau, miau,*  
Y á tu madre la arañara.

También suele acontecer en el mundo que el hombre obtiene todas las dichas menos aquella que más pudiera halagar á su corazón. ¿Pero qué digo suelo? Es muy común ver una mujer enamorada de un hombre que no piensa en ella, por la sencilla razón de que el hombre está prendado de otra que no piensa en él. Véase con que precisión y candidez se haya desenvuelta esta profunda observación en este cantar, anónimo como todos los que voy citando, y como todos suficiente á labrar la reputación de un poeta:

Una me dijo que sí,  
Y otra me dijo que no,  
La del sí, quería ella;  
La del no quería yo.

Ha citado ya uno de los ejemplos con que nuestro pueblo poeta responde á un desengaño; pero es necesario tener en cuenta que el desengaño produce en el que lo recibe el efecto del dolor ó el de la indiferencia, según el temperamento del individuo, la exaltación del amor ó las esperanzas alimentadas. En el primer caso es natural que la queja envuelva algo de imprecación ó de amargo desden; en el segundo el alma no puede expresar el resentimiento que no experimenta, y si tiene un momento de desahogo es para exhalar algún epigrama dando á entender que nada es capaz de sorprender á los que conocen el mundo. Pero es preciso que cuando se habla en verso hasta el razonamiento más frío adopta un lenguaje verdaderamente poético, y nuestro pueblo ha vencido esta dificultad mejor que lo hubieran hecho todos los preceptistas diciendo:

Yo me enamoré del aire...  
Del aire de una mujer.  
Como la mujer es aire...  
En el aire me quedé.

Otras veces el amor lucha con dificultades que se propone vencer y entonces su lenguaje es tierno, pero confiado. Seguro de la fe con que se ve correspondido, tiene cierto tono marcial, bañado siempre por un gran fondo de sentimiento, y pide un poco de constancia, dando el ejemplo. Aunque he dicho que su tono tiene algo de marcial, no se entienda por esto que su elocuencia revise las formas de la proclama: no desafia á nadie con frases huecas; confía en el triunfo, y todo lo espera de la perseverancia y de la resignación. En una palabra, emplea este lenguaje sencillo y alentador:

Ojos de color de cielo,  
Azules como los míos;  
No perdais las esperanzas,  
Que yo no las he perdido.

Pero cuando los temores no dejan lugar alguno á la esperanza; cuando los obstáculos son insuperables, el amor ya no canta sino que llora, y sus lágrimas revelan ese verdadero sentimiento que se comunica como la luz por el rápido oleaje de sus vibraciones. Todo hombre es poeta en tales momentos; pero poeta que no rebuza los afectos, que no emplea palabras y giros alisiquantes para interesar á los almas sensibles con la relación de sus desventuras, sino poeta verdadero, poeta realmente inspirado por un sentimiento sublime que adopta esta forma tan pura como inteligible:

Tengo yo mi corazón  
Como el de san Agustín,  
Llorando gotas de sangre  
Cuando me acuerdo de tí.

Aquí, como siempre, es digno de observarse el buen criterio del pueblo religioso que sabe, sin quebrantar el respeto debido á sus creencias, buscar en las cosas sagradas el simul de sus afectos amorosos. Uno de nuestros mejores poetas contemporáneos ha tenido este atrevido arranque de pasión en uno de sus dramas:

Porque eres tú más hermosa  
Que la Virgen del Pilar.

Pero esto, con perdón sea dicho del autor, cuyo talento respeta, no es más que un arranque atrevido que dista tanto del entusiasmo como la oratoria de la elocuencia. Un hombre que en el hecho de invocar á la Virgen manifiesta tener creencias religiosas, es incapaz de elevar el objeto de su terreno amor sobre aquellos que venan en el cielo, y por eso nuestro pueblo, midiendo la intensidad de los afectos con el compás de su lógica especial, ha producido y conservado este magnífico cantar, en cuya salvedad está para un amante cristiano la verdadera energía:

Te quiero más que á mi vida,  
Mas que á mi padre y mi madre,  
Y si no fuera pecado...  
Mas que á la Virgen del Cármen.

En el género festivo la musa popular española es superior; pero menos delicada que en la poesía de los amores. Abunda en pensamientos agudos epigramáticos; pero es en general picante hasta el punto de que apenas me ocurre un ejemplo que citar, temiendo transpasar los límites del decoro que preside á todas las secciones de nuestra publicación. He presentado algunos modelos del talento poético del pueblo español por ofrecer, digámoslo así, un individuo de cada tipo, y en otra ocasión seguiré desenvolviendo este tema con la misma economía de ejemplos, pues si á citar fuesen cantares dignos del elevada nomenclatura aprotéisis voy haciendo, podría llevar muchos volúmenes. Baste decir que hay hombres del pueblo en España que no repiten

dos veces en su vida un mismo cantar sin que sepan ellos mismos quién los ha compuesto ni aun siquiera el cómo y cuándo ha podido enriquecer su memoria con tan precioso caudal de inspiraciones.

J. M. VILLEGAS.

## ULRICO DE ANDUZ.

(Continuación.)

—Eso es lo más racional que has dicho en toda la mañana.  
—Preciso es pasar por las locuras para llegar á la razón.  
—En efecto, yo creo haber leído en alguna parte que el desierto está en medio del bullicio.

—Es posible que lo hayas leído; pero yo he perfeccionado la idea.  
—¡Oh! una vez que no puedo vivir... Tengo también el recurso de retirarme á las Cevenas.

—¿Qué Cevenas ni qué... ¿Cómo puedes pensarla siquiera? Aquel es tu país, te obligarán á ser sindico, alcalde, jurado, oficial de guardia nacional, presidente de la caja de ahorros y humanitario. En París no serás nada más que misántropo. Pronunciarás horribles monólogos contra la sociedad; y con tal que no los imprimas, esa misma espantosa sociedad te dará por tu dinero chuletas en casa de Tortoni, vino de Johannisberg, en copas verdes, en los hermanos-provenzales; música de Meyer-Ber, de Rossini, de Auber, de Adam, en tres teatros; dramas de Hugo, de Dumas, de Scribe por todas partes. Esto le faltaba al conde Gerardo. En el estado actual de las cosas sentirás á tu alrededor tal estrépito de ruedas, de caballos, de libreas, de ómnibus, de bárbaros organillos, de perros obtusos, de vendedores con carretón, que no encontrarás en el aire donde colocar una sola idea de desesperación. París es la única cartuja que la revolución no ha destruido; ve á encloastrarte en ella, amigo mío.

Ya lo pensaremos despacio; pero calla, que oigo á mi criado subir en escalera; alguna visita tenemos, seguramente.

Abrió Durand la ventana y la volvió á cerrar con precipitación.

—Amigo mío, dijo en voz baja, allá bajo hay un coche y me parece que lo reconozco... ¿Es...?

—Mr. Chartoux.

—Buena ánima contra el asalto; no ablandarse. ¿Quieres que me vaya?

—No; quédate, te necesito á mi lado... Entra en ese gabinete.

—¡Firme! ¡Acuérdate del conde Gerardo!

Encerróse Durand en el gabinete. Un criado anunció á monsieur Chartoux.

Ulrico, de pie y en una agitación horratosa, saludó fríamente á la terrible visita y le presentó un asiento.

Mr. Chartoux contestó sin hablar.

—Señor, dijo esforzándose por afirmar su voz; ¿es de letra vuestra ese billete?

Respondió Ulrico con un movimiento de cabeza afirmativo.

—¿Teneis algun motivo grave para romper de este modo un asunto concluido?

—Un motivo muy grave.

—¿Podéis manifestármelo?

—Es imposible, señor.

—¿Es cosa que toca al honor?

—No, señor.

—¿A la probidad.

—Menos.

—¿Habéis descubierto en mi hija alguna inclinación secreta de que su padre no tuviera noticia?

—Vuestra hija, señor, es la más honrada y más pura de las mujeres.

—¿Habéis oído alguna especie que pueda hacer sospechar que mi fortuna no está sentada sobre bases bastante sólidas?

—No, no señor.

—Es que hay envidiosos que cuando uno ha ganado con el sudor de su frente una honrada fortuna, tratan de desacreditar, de calumniar...

—Crea V. firmemente que no he oído á semejantes ideas, yo tengo más bienes de los que se necesitan para mantener una familia con esplendor en la sociedad.

—¿Os parece que no es bastante esmerada la educación de mi hija? Porque ha sido pensionista en casa de las señoras Lefevre de París, en Montpellier, y ha ganado tres premios, el de la música, el de...

—Vuestra hija es encantadora, y su educación esquisita; seguramente hará la felicidad de su esposo.

—Pues entonces, ¿por qué no os casáis con ella?

—Porque temo no haría feliz como merece serlo. No es vuestra hija la que me hace retroceder, sino el matrimonio.

—¿Os habré yo ofendido con alguna expresión?... Muchas veces en el campo gusto de bromear, y pudiera alguna chanza...

—Os aseguro que vuestras chanzas han sido siempre decentes conmigo.

—Entonces me vuelvo loco, y no lo entiendo.

—Con que tendré, dijo Mr. Chartoux que miraba al techo, dando vueltas al bastón entre sus dedos, después de un largo rato de silencio, tendré que volverme á mi casa sin llevar una disculpa, una razón que alegar á mi mujer?

Ulrico callaba.

—¿No podré conseguir de vos satisfacción ninguna?

El mismo silencio.

—¿Y habré de ser un objeto de burla para todo el pueblo? ¿Tendré que espatriarme?

—Todos nos espatriaremos, señor.

—Espatriaos tanto como queráis; yo por mi parte quiero quedarme, exclamó Mr. Chartoux, dando un bastonazo en el suelo.

—Pues bien, quedaos.

—¡Cuidado que esta es mucha insolencia!

Y levantó el bastón sobre la cabeza de Ulrico.

—No olvideis que estoy en mi casa, dijo este con dignidad.

—¡Veis Vds. lo que son los jóvenes del día, con sus pretensiones de ilustrados y de filósofos! ¡Unos locos que juegan con lo más sagrado, con el honor de las mujeres, con la paz de las familias!

—Señor, dijo Ulrico, un momento, un momento solo habéis conseguido conmovirme; pero acabáis de restituirme mi valor; ruegoos que no añadáis una sola palabra.

—¡Está bien!

Y salió Mr. Chartoux con precipitación, pálido de cólera, y agitando su bastón en señal de amenaza. A pocos momentos se oyó el ruido del carruaje.

—¡Es digno de compasión! dijo Mr. Durand abriendo la puerta del gabinete.

—¡Mas lo soy yo! dijo Ulrico con las lágrimas en los ojos.

—¡Dios mío! ¡no vayamos ahora á entristecernos! Es forzoso tomar un partido. Ante todo dejemos esta habitación, este cuarto, esta casa. El eco de Mr. Chartoux está incrustado hasta en sus ladrillos. Vente á la mía; pero ¿qué es eso? ¿me miras con ojos espantados?... ¿te parece extraordinario mi ofrecimiento? Cuidado que no te convidó á mi escritorio sino á mi jardín *estramuros*. Allí tendrás una biblioteca escogida, un estanque, un invernáculo, un biliar, una magnífica arboleda, mi mujer y mis chiquillos.

—Una cosa hay de más.

—Los muchachos eh? eso será sin duda, pero no tengas cuidado que yo los quitaré de en medio. Vamos, decidete; ¿vienes ó no? Aquí te voy á perseguir por todas partes el espectro de Mr. Chartoux.

—Pues bien, iré contigo.

—Dáme un abrazo y partamos. El criado puede quedarse aquí.

Bajaron los dos amigos; atravesaron la ciudad y se encaminaron hacia el jardín hospitalario.

Era este un retiro delicioso y próximo á la *Fontana*; todo respiraba en él una quietud opulenta. Tres hileras de silvestres tilos daban sombra á la casa sirviéndole de cortina, cuyos flotantes ramos descansaban sobre las celosías. Ulrico no pudo menos de exclamar. ¡Ah! que bien se pasa aquí la vida!

Pronto llegará mi mujer, dijo Durand, y almorzaremos delante de la pajarera; ya está la mesa puesta. Tú puedes quedarte dos ó tres días hasta que te cures, y así que estés convaleciente te marcharás á París.

—Está bien; si partiré pasado mañana... Puedes prepararme los caballos de posta. Búscame una letra de 10,000 francos.

—Eso es muy poco. Me parece que sería prudente que así que llegases te entregaras á toda especie de desórdenes para aturdirte; necesitas una letra lo menos de 20,000 francos. Además de que es menester que juegues.

—Pero si no he jugado nunca.

—Bien; quiero decir que principiarás; el juego mata al amor. Créeme, yo no he de darte sino buenos consejos. Pero aquí tenemos ya á mi mujer; seámos graves en su presencia y respetemos el matrimonio.

Corrió Ulrico á ofrecer su mano á madama Durand para bajar del coche; sintiéndose algo turbado, quiso excusarse por el silencio desahogado que había guardado la noche anterior en el *tibury*, y no pudo concluir la frase.

—¡Qué noche hacía tan hermosa! respondió madama Durand y entró en el salón á quitarse el chal.

—¡Qué hermosa es mi mujer! dijo Durand á Ulrico; ¿no es verdad? Se diría que la he hallado en las excavaciones del *Herculano*; ¡pues mira: estoy acostumbrado á ella, y... ¡pláceme! sentémonos á la mesa.

## MIS CREENCIAS.

Habíase puesto la bella Arlesiana sobre sus magníficos cabellos negros una redacilla de seda de color de fuego que caía en dos bandeletas sobre sus académicas espaldas: un árbol del Paraíso, inclinándose en frente de ella, matizaba con sus movibles y encendidos reflejos los desnudos brazos, el rostro y el seno de la admirable mujer. Temblaba Ulrico como la hoja en el árbol: acordóse de la emoción de aquel artista que descubrió la Vénus de Médicis en la escavacion de la ciudad de Adriano, y se dijo así mismo: Esto que experimento no es más que una emoción de artista.

—Pero ay! que su estatua tenía vida.

Levantóse Durand á los postres y dijo: He consagrado la mañana á la amistad, y teogo que emplear la tarde en los negocios: Ulrico, te dejo con madama; nos veremos á la hora de comer, ven á acompañarme hasta el portal... Vamos, francamente, ¿qué te parece mi mujer?

—Yo te felicito...

—Pero ¿has visto qué digno y reservado soy delante de ella?

—Sí.

—¿Me crees indiferente, no es verdad?... un verdadero marido de comedia... No te fies de las apariencias... La amo con delirio. Adios.

Quedóse Ulrico en el portal como si le hubieran clavado en el suelo: después de haber permanecido mucho tiempo en la misma postura, volvió al terrado, y encontró á la Arlesiana sentada, bordando debajo de los árboles. Ni siquiera alzó la cabeza, ni manifestó el mas ligero deseo de conversacion: el tímido jóven por su parte se mantuvo siempre á cierta distancia, contentándose con contemplar como artista la mas bella nieta que bañó nunca sus pies en el Ródano ante la ciudad querida de Constantino.

Por la tarde, después de comer, se quedó Ulrico solo en el salon con la Arlesiana. Cruzáronse de cuando en cuando algunas frases sueltas entre ellos; la mujer no respondia nunca mas que dos ó tres palabras y sus respuestas tenían siempre un sentido profundo que sumergia á Ulrico en una larga meditacion. A media noche, sintió este una impresion enteramente nueva, al ver á la Arlesiana vestida de blanco, con una bujia en la mano, átravesar el corredor y cerrar la puerta de un cuarto; abrió el jóven una ventana para respirar el fresco y la vida que caen de las estrellas y para pedir al cielo la solucion de un enigma espantoso.

El cielo no respondió nada.

Ocho dias se habian pasado, cuando Durand dijo á su amigo al partir para la ciudad. ¿Para cuándo los caballos de posta?—Estoy más todavía, respondió Ulrico.—Cuando quieras.

—Es forzoso marchar, se decía así mismo, forzoso. Este aire abrumador está encendiendo este cuerpo; me queman los pies las piedras por donde paso. Es preciso salir de aqui. Está envenenado todo lo que me rodea. Vamos á ganar el puerto antes que la huerfana desahogue sobre nuestras cabezas. No es esa Arlesiana la que yo temo, aunque terrible... es esta pasión vaga que truena aqui en mi alma, este demonio que desparrá mis entrañas y que necesita un alimento...

Y al decir esto marchaba con los caballos sueltos al viento y desmenuzando las yerbas bajo sus piés; en su preocupacion no vió á su critico parado á la entrada de una calle de árboles, delante de él.

—¿Qué quieres? dijo Ulrico.

—Un extranjero pregunta por Vd.

—Su nombre?

—No lo ha dicho.

—¿Dónde está?

—En la Fontana; delante de los Baños de Diana; no he querido conducirlo aqui.

—Has hecho bien... voy al momento. En los Baños de Diana! Qué recuerdo!

Miró maquinalmente á la sorda Arlesiana, que estaba sentada en un jarron como la Poliniana del Louvre, y salió del jardin.

Desierto estaba á aquellas horas el paseo de la Fontana; oíase un confuso ruido de aguas, de ramajes y de pájaros; una calma divina reinaba en las umbras alamedas: era uno de aquellos momentos en que el hombre se reconcilia con Dios y consigo mismo al ver tanta seriedad en toro mayo.

Retrocedió Ulrico, como si hubiese visto una fantasma. Entre las ramas de dos ligueras silvestres que flotaban en las paredes de la ruina romana, vió á Margarita vestida de hombre: una levita verde sujetaba estrechamente su elegante talle: una gorra de escarlatá escondía sus rubios y nax los cabellos. Hizo la fantasma una seña con el dedo, y se adelantó Ulrico osadamente hácia la ruina.

—¿Me habéis conocido: está bien, acercaos, dijo la aparicion.

Ulrico llevaba en el rostro aquella pálida nerviosa que se apodera de mis valientes en las crisis sobrenaturales.

—No es su voz, dijo, no son sus ojos.

—¿Y ád, temblando, me es su sexo. Yo soy el hermano de Mar-

Raro es el hombre que de haber pasado por todos los trámites de la vida y hallándose en sus últimos escalones conserve las creencias que un tiempo fueron su delicia. Y si á uno de esos hombres se le preguntan las causas de su incredulidad, indudablemente responderá que los desengaños. Yo que he dado en creer algunas cosas, creo que un desengaño puede proporcionar á veces un disgusto; pero seguramente me sentirán mejor veinte desengaños que un solo engaño. Trabajo tiene en mi modo de ver el que da en dudar todo; nada mas violento que el estado de incertidumbre.

Cuando se trata de creencias, bueno será que diga lo primero que creo en Dios; después diré que creo en otras muchas verdades, sin decir á puño cerrado, porque una de las pocas cosas que dudo es la de que pueda haber puños abiertos.

Entra en mi plan higiénico la facilidad con que me resuelvo á creerlo todo y de algunos dolores de cabeza me he librado desde que dejé de cavilar sobre estas ó las otras materias. Oyen algunos campanas y no saben donde: cuando oigo yo una campana ya sé que da en la torre. Dice un autor, de cuyo nombre no quiero acordarme, que es de vidrio la mujer, y yo creo lo que dice el tal autor; pero como no hay regla sin excepcion, creo tambien que las espaldas de la mujer de un zapatero que hay en el portal de mi casa son de piedra.



(Aventuras de un loco coronado.)

berroqueña, al menos un día á la semana, y no hay que preguntar que día es tratándose de un zapatero. Preguntan unos y corren otros cuando oyen tocar á fuego: en oyendo yo una campanada que anuncia incendio, ya sé que está ardiendo el palacio del duque de Liria.

Sin ser egóista, creo que la caridad bien ordenada empieza por uno mismo, de modo que resuelvo á mi favor con admirable prontitud los mas difíciles problemas. Si se tratase por ejemplo de decidir cuál es el mejor drama que ha visto la luz pública, desde Shakespeare hasta nuestros dias, analizarian los mas inteligentes alambicando escenas y conceptos para poder dar un fallo definitivo en el asunto; pero yo á primera vista sé que el drama mejor del mundo es el que se titula «Primero yo y siempre yo», así como el peor de todos es el que cuando lo hubiese escrito el mismo Calderon, sería el que se titulase, «Dar armas á su enemigo.»

Dicen que las mañanas de abril son muy dulces de dormir; ¡prohíbe que duermas! para mí todas las mañanas, sean de abril ó diciembre, son tan dulces de dormir, que suelen dar las doce del día sin que se

(Continúa.)

heyan abierto mis párpados. Dicen también que en este pécero mundo al que algo quiere algo le cuesta; tampoco es exacto para mí el refrán, porque cuando duermo creo que no estoy en este mundo, y sin embargo no deja de costarme algo el sueño. Me explicaré: yo soy un hombre solo, quiero decir sin familia, porque esa de decir soy hombre solo parece que quiere manifestar que hay quien puede ser hombre y alguna cosa más. Digo, pues, que vivo solo y que tengo para mi asistencia un muchacho lo mismo que la pólvora; el cual no diré que me sirve, pero si en lugar de dormir fuese yo mismo á la compra, creo que no me costaría tan cara la fiesta. Sobre todo creo que el citado refrán es inexacto también en cuanto dice que *al que algo quiere algo le cuesta*; pues en esta vida queremos muchas cosas que no procuramos poseer porque ofrecen dificultades, de modo que aunque no las poseamos tenemos el placer de quererlas de valde, y véase cómo puede quererse algo sin que cueste nada. Pero volviendo á lo de mi criado, para lo cual tengo también que hablar de mí, diré que soy aficionadísimo á la fruta, y con este motivo raro es el día en que no hay disputas en mi casa. ¿Por qué? Porque el maldita del mozo se empeña en hacerme pagar las peras á dos reales, cuando andan á diez maravedís:



(Aventuras de un loco coronado.)

grito yo, replice él y acaba la polémica diciendo mi criado que al día siguiente me las traerá más baratas, pero llega el siguiente día y las peras siguen al mismo precio, y ¿qué tengo que hacer? tomar paciencia y pasar por lo que él dice, convencido á pesar de todos los refranes del mundo de que nadie me pondrá las peras á cuarteo.

Nunca me ha dado el naipe para la política, razón por la cual nunca he querido tomar cartas en ese peligroso juego en que he descubierto muchas trampas. Por ejemplo, conozco á un portero de oficinas, rollizo, que pesa lo menos diez arrobas, el cual no ha tenido que sentir en ninguno de los arreglos hechos por el gobierno; en cambio conozco á dos empleados tan flacos que parecen esqueletos, de los cuales los unos quedan cesantes, y los otros sufren rebaja en su escalafón siempre que hay un arreglo, y todo esto en los tiempos en que tanto se declama contra los empleados gordos. De esto deduzco yo que se fastidiarán los gordos cuando se declame contra los flacos, y creo por lo tanto que debo seguir como hasta aquí en ese estado indiferente á todo extremo, con un cuerpo que no puede llamarse cuerpo, siendo in-

capaz de aumento ó disminución, y escusado creo decir que en esta parte lo que digo del cuerpo debe hacerse extensivo al alma.

Si de este modo me va bien dirán algunos que la suerte me viene como pedrada en ojo de boticario, lo cual es falso, porque conozco un boticario que se quedó tuerto á consecuencia de una pedrada, y el hombre asegura que la tal pedrada le hizo mucho mal en el ojo á pesar de ser boticario. Si me va mal podré decir con alguna verdad con un palmo de narices por la simple razón de que mis narices no tienen menos de un palmo, y entre paréntesis sea dicho, creo que más de cuatro chatos abusan de este refrán diciendo también cuando se llevan un chasco, que se quedan con un palmo de narices, siendo así que se quedan tan ciegos como estaban antes del chasco. Estos señores pueden darse la mano con los sordos, que para manifestar indiferencia á lo que de ellos se murmura, dicen: eso me entra por un oído y me sale por el otro; lo cual es evidentemente falso porque ni les entra ni les sale, y escusado es probar que no les sale, estando demostrado que no les entra.

Volviendo á los empleados de que antes hablé, debo decir que el mencionado portero es hombre según dicen de irreprochable conducta, cosa que creo aunque no pondría las manos en el fuego por él ni por nadie, porque eso de quemarse las manos no conduce á nada bueno aunque haya valido tanta celebridad á Mucio Scévola. Me contento por consiguiente con creer que el tal portero es digno del puesto que ocupa, sin negar que alguna vez haya dado justo motivo á las reprensiones de sus jefes que le achacan el defecto de meterse siempre en camisa de once varas, á lo cual contesta él con sobrada razón que lo hace porque no puede pasar por otro punto, pues no habría camisa que bien le viniera si tuviera una pulgada menos de tela de las once varas. En cuanto á los dos empleados flacos nada digo, sino que se conforman con su suerte, y creo que hacen bien, aunque jamás les hablo de estas cosas, porque dice el refrán, que no debe mentarse la soga en casa del ahorcado, precepto que no dejo de creer inútil, porque al ahorcado, una vez ahorcado, poco le puede importar que su casa se manté á deje de mentarse la soga. Por otra parte, ¿qué fruto sacarían los flacos de ladrar contra los gordos? Algo habría que temer si fuera cierto aquello de que, pero que ladra no muerde; pero este refrán creo yo que no es más exacto que los otros, porque en España, muerdan ó no muerdan, todos los perros ladran. De todos es plausible que siendo íntimos amigos los dos empleados flacos á que me he referido antes, ninguno se llame Pedro, es decir, que no den que hablar al mundo con su mala conducta, pues eso que cuando dos camaradas dan pábulo á la mormuración, es evidente que uno de los dos se llama Pedro, puesto que la gente para vituperarlos dice: sean buenos es Pedro como su compañero.

Pero no acabaris nunca si fuese á enumerar todas mis creencias; basta para que los estimables suscritores del *Semanario* tengan alguna idea de mí con lo que dejo dicho. Convengo en que soy algo raro y sobre todo original, pues hasta la presente creo que nadie me ha traducido, y no creo que llegue el caso de traducir á los hombres, si bien observo con dolor cierto afán de traducir al español hasta lo más traducido en francés, que es cuanto se puede decir. Por mi parte tal es la predilección que doy á las cosas de España, que ni siquiera he tratado de aprender el francés; y á fe que si quisiera aprenderlo no me arredrarían las dificultades que algunos encuentran en que se escriba de un modo y se lee de otro, porque lo mismo sucede en España. En efecto; cuando yo paso por cierta calle y veo una muestra que dice: «Tienda de los dos hermanos de chocolate», no leo esto sino que los dos hermanos y el que tal letrero escribió son tres alcoraques con forma humana. Esto se pareció á un parte dado por cierto general alibí en los tiempos de la guerra civil que decía: «Sufrieron una descarga los valientes que tengo el honor de mandar á quemarropa.»—Y en este momento no porque me falta materia sino porque creo que deba concluir, suelto la pluma y digo: aquí paz y después gloria.

MANUEL JUAN BLANA.

## AVENTURAS DE UN LOCO CORONADO.

[Continuación.]

—Vertámosle un vaso de agua sobre la cabeza para castigarle por sus habladurías.

Herman, joven oficial de marina, añadid:

—Y dámosle algunos hazcomozos para que tenga que comer y que beber.

El soldado no se alteró.

—Señor, dijo, ese soberbio castillo no existirá dentro de tres días y

séreis obligado vos señor, vuestro augusto abuelo y vuestra real hermana á pedir hospitalidad á algun señor de vuestra corte.

Grandes carcajadas respondieron á esta profecía.

—Vamos pues!

—Está loco!

—Mirad que profeta!

—Y qué habrá sucedido á mi castillo?

—Será quemado en una hora.

—¿Quemado?

—¡Vál! exclamaron los jóvenes cazadores impacientes de volver á emprender su carrera.

—Será quemado señor, lo veo en este momento tal como estará dentro de dos días á las dos de la tarde. Los techos se derrumban! ¡Veis el humo? Cobre á Stokolmo, veis las llamas? Salen rugiendo por las ventanillas. Las estatuas se quiebran, el oro y la plata fundidos por el calor corren á lo largo de los muros que vacilan y se inclinan. Qué ruido! Luego... ¡grá!.

—Nada, repitió Carlos XII con acento incrédulo y espantado á la vez.

—Nada sino el cuerpo de vuestro padre Carlos XI, que reposa en la capilla del castillo en el fondo de un catafalco.

El soñador, á quien dejaron pasar los trineos, subió ya por las heladas llanuras, cuando el rey corriendo hacia él le gritó: ¡Hechicero! no me has dicho la causa ni el autor de este espantoso incendio.

—Venid señor, y os lo diré.

Y el soñador apoyó sus labios adormecidos en el oído del rey.

¿Qué le dijo? Pero el rey estaba pálido como el hielo, como el cielo cuyo carmin boreal se había desvanecido, cuando volvió á su trineo, lo cual no le impidió decir riendo:

Tenéis razón ese soñador es un loco que merece una correccion por sus burlescos caprichos. Es muy tarde, ¡adelante! ¡adelante!

Íbase á partir cuando un mensajero detuvo el movimiento general. Corrió para entregar al rey un pliego sellado del gobernador de Libornia, la mas bella y la mas rica provincia del reino. Sin dignarse mirar siquiera el sobre, sin abrir el sello, el rey pasó el pliego á Reginold encargado de leer toda la correspondencia. Apenas Reginold hubo recorrido las primeras líneas quiso hablar al rey; pero este le dejó con un gesto brusco y le dijo con severidad:

—Señor Reginold, conocéis nuestras convenciones que hacen mal en olvidar á no mezclar los negocios con el placer, por ligero que sea el placer, por graves que sean los negocios.

Reginold puso tristemente el pliego en el bolsillo de su túnica.

Al entregar este despacho oficial á Carlos XII, el mensajero habia traído tambien una carta á la condesa de Koenigsmarek, quien leyendo, á mas bien fingiendo leerla, la habia mostrado á su dama de honor que devoró con una mirada rápida las líneas evidentemente de la mayor importancia porque su semblante se esclareció un instante y luego, aunque tambien por un solo instante, quedó sombrío.

Los trabajos habían comenzado de nuevo en su rápido curso, pero en el momento de la comunicacion general, la dama de la condesa Aurora dirigió á esta una mirada tan misteriosa y tan expresiva que hizo asomar el rubor á su rostro y una lágrima á sus ojos. Era de presumir que esta orden muda era motivada por las noticias que la dama acababa de recibir jerañ las mismas que habia recibido el rey sin tomarse el trabajo de leerlas? Esta es lo que nos ha de descubrir la historia siguiente.

El enigmático carrioché cubierto se puso tambien en marcha.

En la carrera el rey se acercó á la condesa y el caballero Megret se colocó al otro lado cerca de Georgina que comenzaba á alarimarse de su obstinacion en seguirla, en colocarse á su lado y en observarla... Tenia dudas acerca de él ¿qué sabia? ¿qué sospechaba? ¿qué quería? No manifestó sin embargo sus temores sino que por el contrario se mostró con él mas amable que sola, y los tres trineos, con igual rapidez se dirigieron hacia un lago de gran extension en que debía comenzar la salvaje caza del oso.

No se habrá olvidado quizá que Reginold estaba en el trineo real. Á causa de esto pudo oír la conversacion que tuvo lugar entre el rey y la condesa Aurora.

—Confesad, la dijo el rey, que mi reino es á propósito para sorprender á los que no le han visto; ese soñador que profetiza en medio de los huérfanos.

—Vuestro reino me agrada mucho, respondió la condesa; no se parece á ningun otro y su originalidad no veo á mis ojos su menor mérito.

—Sois indulgente, señora.

—Digo la verdad, señor.

—No se dice nunca á los reyes, replicó bruscamente Carlos XII.

—Porque no gustan de oírta.

—Hacen mal, debíais pagarla. Pero el mal está hecho y no se deshace, es preciso que los reyes alivinen.

—Les sería facil sino tuvieran preocupaciones.

—Facil! No con las mujeres.

—Y por qué no, señor?

—Porque... porque Dios ó el diablo lo quiere así.

—¿Lo habeis probado?

—En este momento lo pruebo.

Á esta última palabra de Carlos XII Georgina se apartó apenas de su conversacion con Megret y dijo por lo bajo á la condesa. Acordaos de que hablais con el rey y no con Reginold, luego añadió con la misma seriedad de voz:

—Caballero Megret, decís que hay en ese trineo cubierto cuyo misterio nos inquieta...

—Digo que veremos salir de él la sorpresa que el rey nos guarda.

—Y qué será?

—Vamos á cazar un oso ¿no es eso señorita?

—Lo presumo, caballero.

—La costumbre es que se le vaya á buscar vivo para traerle muerto.

—Sin duda? respondió riendo la bella Georgina.

—Y bien, nuestro rey está original que es capaz de haber metido en esa caja el oso que hemos de cazar.

—Un oso en un trineo!

—Artes hay sobre un trono... pero en las aprisiones, dijo algo mas bajo el caballero á la bella Georgina que fingió no haber oído.

Esto se decía á la derecha del trineo en que iban la condesa Aurora y Georgina, mientras que á la izquierda se hablaba de este modo. Carlos XII decía á la condesa de Koenigsmarek.

—Si, yo me ejercito en este momento en conocer las mujeres y el primer resultado es...

—¿Cuál, señor?

—Que salvan á los hombres que no se apasionan y pierden á los que se apasionan. Alumbrañ ó consumen, fertilizan ó devoran. Piensan tambien, y lo siento yo que amo...

Reginold se habia inclinado con los ojos chispeantes de celos para escuchar las palabras del rey, y Georgina en el trineo opuesto escuchaba tambien con igual aviden.

—Si, yo amo... repitió el rey.

La condesa afectó estar distraída.

—Y siento que el amor me haria hacer cien veces mas locuras que el juego, la caza y todas las pasiones del hombre. No comprendo cómo una persona no se abandona en cuerpo y alma á quien la agrada, á quien la encanta, á quien la arrebató, á quien lo es todo para ella. Cuando razo, muto; cuando bebo, me embriago; cuando amo, me embriago tambien: yo amo en fin, exclamó el joven rey hostigando á sus caballos con toda la fuerza de la emociion que corría por sus nervios.

Pero con la misma celeridad corría el trineo de la condesa, y el de Megret no se quedaba atrás.

—Si el rey vuelve hablaros de su amor, dijo Reginold al oído de la condesa aprovechando el silencio y la rapidez para no ser oído sino por ella, me precipito delante de vuestro trineo, y me bago despedazar.

Aprovechando la misma ocasion Georgina murmuró tambien al oído de la condesa.

—Obteneid del rey por una mirada que os diga la palabra que desea decir.

La condesa Aurora entre estos dos mandatos quedó pálida como la nieve que coronaba las montañas que rodeaban el lago: iba á desmayarse.

Dichosamente se habia llegado á la estremidad del lago designado para la caza del oso. El rey se detuvo y todos los trineos se detuvieron al mismo tiempo.

Los preparativos comenzaron y aunque eran muy sencillos, es preciso explicarlos. Entre dos rocas que formaban una garganta y que servían de lugar de cita á todos los osos de las cercanías, se fijaban en el suelo de trecho en trecho postes de cierta altura y en ellos y en las rocas se clavaba una red detrás de la cual se provocaba al oso acosándole ó fustigándole si se quería acabar mas pronto. Este modo de cazar, no carecia de peligro por mas que no tuviese tanto como el combate cuerpo á cuerpo. El oso á veces se lanzaba con tanta furia contra la red que la destrozaba, y otras sus garras atravesaban sus mallas para desgarrar al cazador demasiado lento en retirarse. Las damas quedaron de espectadoras en sus trineos, mientras que los nobles cazadores requerian sus armas, y los criados repartiéndose el trabajo, iban los unos á tender la red y los otros á excitar al oso. Todo se hizo en un momento.

Al llegar el momento decisivo, Carlos XII ordenó á sus gentes que hiciesen adelantar el trineo cubierto que desde la salida de Stokolmo escitaba la curiosidad de todos. Los criados obedecieron; el trineo se descubrió á una nueva indicacion del rey, y se vió entonces lo que encerraba y que nadie hubiera sospechado.

El oso estaba á cincuenta pasos de la red y se distinguía su enor-

mé cabeza y su cuerpo gigantesco, envuelto en una piel negra y brillante por la espalda y blanca como la nieve por el vientro, contrasta que le hacía mas terrible aun.

Del trineo que el rey acababa de hacer descubrir descendieron uno tras otro doce senadores, con togas rojas con vueltas de armiño, los mas venerables de los senadores suecos. Sobre su frente consagrada por la ciencia y la sabiduría, se leía la vergüenza que el rey les hacía sufrir ante toda la corte, esponiéndolos á la risa de los jóvenes. Práctico tambien reconocer en ellos á aquellos nobles senadores que habían osado dirigir al rey algunos advertencias sobre sus caprichos salvajes, Carlos XII se vengaba de ellos á su modo, modo extraño, sin ejemplo, extravagante, odioso, y que no carecía de crueldad. Puso en seguida un baston ferrado en la mano de cada senador y les dijo dirigiendo la rabia del oso hacia ellos: señores, tratad ahora de hacerle advertencias como á mí.

En el mismo instante, el oso herido por detrás por una piedra que le dió en la cabeza, se lanzó ébrio de cólera contra la rei y la hizo, con un espantoso bamboleo, ir á tropezar á los senadores que no se movieron.

Excepto algunos cortesanos, toda la corte guardó silencio; Reginald se cubrió el rostro con las manos. Una vólera fría, una malicia helada, un despiqué siniestro, contrajeron el rostro del rey mas terrible de ver en este momento, que el oso mismo.

(Continuará.)

## Las excavaciones mas recientes en Pompeya.

Difficil sería visitar á Pompeya, en cualquier tiempo que fuese, sin hallar materia nueva é interesante para hacer reflexiones, descripciones; y justamente en la reciente actualidad presenta este mundo de tesoras arqueológicas tantos descubrimientos nuevos hechos en los últimos dos años, que con placer comunicamos á nuestros lectores el contenido de una carta de Nápoles, fecha 14 de abril próximo pasada.

Las excavaciones mas considerables desde el descubrimiento de Pompeya acaecido en el año de 1721 con ocasión de abrir un pozo, fueron las de los años que siguen: en 1748 el anfiteatro, 1763 la puerta de Hércules, 1764 el teatro y el templo de Isis, 1814 la casa de Pansa, 1815 el mercado, 1818 dos templos de Mercurio y Venus, 1825 la casa del poeta dramático, 1826 la calle de Mercurio, 1829 la de la Fortuna, 1841 la de los Comerciantes, 1843 el Cuadrivio, y 1847 la casa de Lucrecio. En 1851 principiaron las excavaciones de una gran calle, que á esta fecha se halla enteramente descubierta. Al hallar sus primeras casas, creyóse que sería la calle de los rieleros, pues se encontraron en muchas de sus tiendas una gran cantidad de artículos de oro y de joyas; pero descubrimientos posteriores no confirmaron esta suposición. Se ha hecho el cálculo de que una tercera parte de la antigua ciudad se halla ya excavada. Ya en el año del descubrimiento de Pompeya se partió del justo principio de que era menester poner á descubierta toda la estension de las murallas de la ciudad, á fin de poder determinar de este modo hasta qué distancia debían extenderse las excavaciones para hacer descubrimientos. Estos, que entonces principiaron por la casa de campo de Arrio Diomedes, fueron recompensados; pues si bien no se hallaron aquí tantos y tan preciosos objetos del arte como en Herculano, sin embargo todo lo que se encontró estaba en un estado de mucha mejor conservación que en aquel punto. Esta circunstancia provendrá quizás de que Pompeya no fué sepultada en una lluvia de piedras y arena, y mas tarde inundada por torrentes de lava, sino cubierta meramente de ceniza. Así es que antiguamente se sostenía con frecuencia la asercion de que la lluvia de ceniza había sorprendido y enterrado á una gran cantidad de gentes en el teatro; pero al despejar el teatro resultó que no había sido así, pues solo dos esqueletos se hallaron en él, y en toda la demás poblacion solo unos ciento, sin duda enfermos ó ancianos que al sobrevivir la desgracia no habían podido huir. Las calles de Pompeya, de las cuales se han descubierta mas de veinte, tienen todas una direccion recta, están empedradas de lava, y contienen carriles; á ambos lados de las mismas hay aceras formadas de baldosas anchas, debajo de las cuales se hallan aplicados los conductos del agua. Las casas no son en lo general muy grandes, y consisten de un piso, pero tambien se han encontrado algunas de dos y tres pisos. En las calles que se cruzan se ven frecuentemente fuentes adornadas de estatuas y otros trabajos. Las columnas de las galerías en las casas son de estuco, las paredes generalmente de lava, pulidas y adornadas de pinturas, que en su mayor parte se componen de arabescos.

Entre las habitaciones descubiertas son las siguientes las mas memorables: la posada para extranjeros; la Villa sub-urbana ó la casa

de Arrio Diomedes, que tiene tres pisos, de los cuales el mas alto se halla destruido, un termóplio (una especie de taberna, donde se vendían bebidas calientes) con una estufa, lozas de mármol, con letreros y una alacena para vasos; la casa de Cayo Salsitio, una de las casas mas grandes y sobre todo provista abundantemente de adornos, delante de la cual habia estufas y escaparates para las vasijas de vino y aceite; la casa de Cayo Cajus, la de Pansa, con siete tiendas; la casa del poeta dramático, una de las mas elegantes, y situada en frente de los baños públicos; la casa de los Dioscuros; las de Fauno, de Marte y Venus, la casa de las Bacantes, que tomaron sus nombres de las estatuas y pinturas que se hallaron en el interior; la casa con la gran fuente y una gruta llena de adornos de piedra y mosaico; la fuente está adornada de carretas ó mascarillas; la casa del emperador José, la del emperador Francisco, las del rey de Prusia y del duque de Toscana todas estas casas llamadas así porque fueron excavadas en presencia de estos príncipes. Memorables son las murallas dobles que á la altura de 20 á 25 pies tienen un intervalo de 25 pies, y se hallan interrumpidas en estos intervalos irregulares por torres de tres pisos. Las piedras se hallan unidas sin argamasa. La puerta de Hércules tiene tres aperturas, pasando por la del medio de 15 pies de anchura el camino de las tunas; las otras dos puertas laterales parecen haber sido destinadas para los paseantes. En uno de los templos se encontró la estatua de Ciceron vestido de toga, en la cual se notaron aun indicios de la púrpura. El mercado se halla rodeado de pórticos por tres partes, en medio de los cuales estaba la estatua de los ciudadanos que habían merecido bien de la patria, y aun se reconocen sus pedestales. En una de las plazas hallóse sin casco con el relieve de la destruction de Troya, y además una gran cantidad de otros cascos de bronce y hierro, armis de todas clases, y sesenta y tres esqueletos que se creen haber sido soldados. La basilica, que está separada del templo de Venus por una estrecha calle, se halla unida al foro por medio de una galería de columnas; debajo del tribuna se encontró una cárcel. La mayor parte de los baños públicos tienen siete entradas, y aun existen en parte las puestas y cesterías. Sobre unas 1,500 lámparas de Terracotta y muchos mosaicos de baños se hallaron aquí. El anfiteatro, situado en el centro de una gran plaza, tiene 30 filas de asientos para unos 50,000 espectadores; aquí se encontraron el esqueleto de una mujer y los de ocho leones.

El teatro, construido de mármol pario (de Paros) se halla aun conservado en casi todas sus partes; hace poco tiempo que aun se hallaron aquí muchos adornos. En el Ponderario (almacozar) habia pesas y pesos, como tambien dos esqueletos de hombres montados en otros dos caballos, que aun tenían campanillas en el pescuezo. Toda la calle anchura que desde el mercado conduce á los teatros, está llena de tiendas, en las cuales, como generalmente en todas las demás habitaciones, se pueden leer los nombres y el oficio de sus antiguos dueños, y tambien los anuncios públicos. Asimismo contiene la calle recién descubierta de Stabia tiendas en ambos lados; aquí son notables las pinturas al fresco, que se distinguen por lo frescos que aun se hallan sus colores. En esta calle se espera hacer aun ricos descubrimientos, pues la mayor parte de sus casas no han sido todavía examinadas. Una casa por muchos títulos distinguida de esta calle fué limpiada en presencia de los grandes duques de Rusia en el año de 1851. Tenia un pórtico de grandes dimensiones y un empedrado de lozas de mármol. Hallóndose aquí una elegante mesa de igual piedra, en cuyos pies habian sido trabajados adornos que representaban frutas de las formas mas hermosas. Ninguna de las columnas que corrian en círculo estaba entera, y soloamente se encontró uno de sus capiteles, que podía llamarse mas bien grotesco que clásico. El objeto redondo al lado de una de las columnas, es un pozo que está acanalado alrededor; su borde tiene indicios de haber sido muy usado. La habitación del medio es grande y puede haber servido de Trefinio. Desde esta habitación se pasa á otras dos mas pequeñas á la derecha é izquierda que están casi enteramente destruidas. La pared principal de la derecha contiene un nicho con gradas, pero sin estatua alguna; varios enseres de cobre de todos y algunas insignificantes decoraciones de jardin era todo lo que se ha encontrado en una casa de tan grande circunferencia. Así que se pasa por la puerta falsa de esta casa, se ve lo mas notable que hasta aquí se ha descubierta, á saber, el tejado completo de una casa. Cuando Pompeya fué cubierta y destruida por la lluvia de ceniza, se hundieron todos los tejados, y la falta de cuidado en las primeras excavaciones nos ha dejado en una completa ignorancia con respecto á la construccion de los antiguos tejados. Aquí, pues, tenemos por primera vez un tejado completo, que se compone de unas tejas de 12 pulgadas de longitud y 2 de anchura, cubiertas de una capa de argamasa que se echaba desde el lomo del tejado para hacer á este impermeable. El tejado está aun tan conservado como si se hubiera hecho ayer, y la casa misma está cercada y permanecerá probablemente así. Los trabajadores ocupados actualmente en las excavaciones avanzan y cavan con muy poca precision, y un sobresistente muy poco inteligente está á su lado tomando estóticamente su pipa. Así que

se encuentra algo se echa en un cesto, que vigila un soldado. El actual gobierno de Nápoles no parece interesarse mucho por Pompeya, pues durante la dominación francesa se ha sacado á luz mas que antes y después de este periodo.

### PICARO MUNDO.

Tropieza doña Cándida  
En una piedra esdrújula,  
Y hasta las mismas médulas  
Penétrala el dolor.  
Lo ve cualquier satélite,  
Y en vez de darle lástima,  
Riendo como un zángano  
Celebra el tropezón.

Ved si me fundo  
Cuando yo llamo  
Picaro al mundo.

Sale á la escena un cómico:  
Si es de las partes últimas  
Y se equivoca el misero,  
Lo cual es muy comun;  
El público *benévolo*  
De intolerante tímpano,  
Le abronca celebrándolo  
Con risas ó rum-rum.

Ved si me fundo  
Cuando yo llamo  
Picaro al mundo.

Entra en misa doña Ángela  
Y porque ya la epístola  
Se pasó, y el acólito  
Ha mudado el misal:  
Los viejos y los párvulos  
Y hasta la gente mística,  
Se rien de ella y burlanse,  
Incluso el sacristán,

Ved si me fundo  
Cuando yo llamo  
Picaro al mundo.

De prisa va don Álvaro,  
Dobla un esquina súbito,  
Y las narices rómpese,  
Y las estrellas vé.  
Y la gente malévola  
Que ha visto la catástrofe,  
Con corazón diabólico  
Se rie á costa de él.

Ved si me fundo  
Cuando yo llamo  
Picaro al mundo.

¿De qué nace esa trápala  
Y bullicioso júbilo  
De ese corrillo anómalo,  
Y ese tenaz reír?  
¡Toma! de que á don Crispulo  
Llevó el sombrero el ábrego,  
Y corre y va siguiéndole  
En vano el infeliz.

Ved si me fundo  
Cuando yo llamo  
Picaro al mundo.

A la fuente solícita  
Va una mozueta impávida,  
Y rómpesela el cántaro,  
Y afligela el azar.  
Pero la turba sórdida  
De compañeras náyades,  
Lo rien celebrándolo,  
Y gritan «agua va.»

Ved si me fundo  
Cuando yo llamo  
Picaro al mundo.

Entra en el circo Olímpico;  
Descúbrese don Plácido;  
Tras el sombrero llévase  
También el peluquín;  
Y para el espectáculo,  
Porque la calva incógnita  
Produce silvos hórridos,  
Y aquello es un jollín.  
Ved si me fundo  
Cuando yo llamo  
Picaro al mundo.

Canta doña Escolástica  
En el Museo-Lírico  
Un ária de Semiramis  
Que no ensayara bien.  
Salta un compás y piérdese,  
Y con risas irónicas  
La sociedad artística  
La rinde el parabien.  
Ved si me fundo  
Cuando yo llamo  
Picaro al mundo.

Al que es de carnes mádido  
Le nombran una espátula;  
Y si es obeso y tímido,  
Dicen: «Ahi va el tonel.»  
Que en este mundo pícaro  
Es cualidad ingénita  
Reír del mal del prógimo  
Burlarse siempre de él.  
Ved si me fundo  
Cuando yo llamo  
Picaro al mundo.

FRAY GERUNDIO.

### LA CITA A LA MADRUGADA.

#### SONETO.

No hay pena, no hay dolor, hermosa mía,  
Que yo no arroste por tus lindos ojos:  
Esclavó viviré de tus antojos  
En tanto que á mi amor tu amor sonsía.  
Preso en tus dulces lazos, noche y día,  
Bebiendo el néctar de tus labios rojos,  
¿Cómo sentir los pérdidas abrojos  
Que del mundo faláz cubren la vía?  
¡Adorarte y no mas! este es mi oficio,  
Y no hay afecto ni pasión profana  
Que no venza mi amor en tu servicio;  
Mas soy flaco mortal, hermosa Juana:  
Pídememe de mi sangre el sacrificio,  
Y déjame dormir por la mañana.

ANTONIO GARCIA GUTIERREZ.

¿Qué anuncio para un *dozavo!*  
—Tres reales piden por él.  
—No daré yo ni un ochavo.  
—¿Porqué razon?—Porque acabo  
De leerlo en el cartel.

M. B. DE LOS HERREROS.

Dije ayer, viendo á mi suegro;  
«De encontrarle á usted tan gordo...»  
Juan me interrumpió—¡Está sordo!  
Y yo proseguí; *me alegro.*

EULOGIO FLORENTINO SANZ.



Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.